

La violencia y sus mitos

Por Eduardo Posada Carbó*

Los colombianos sufrimos la más alta tasa de homicidio del mundo, y la sufrimos ignorantes de sus causas. Desde que se disparó la curva ascendente de la violencia a ritmos extraordinarios, hace algo más de dos décadas, hicieron carrera ciertas ideas sobre los orígenes del problema, hoy fuertemente arraigadas en la opinión pública. Un informe reciente de la revista *Cambio* (08/07/01) sobre "los mitos de la violencia", preparado por un grupo de investigadores de la Universidad de los Andes, es otro intento para animar un debate que merece más atención. ¿Cuáles son estos mitos? ¿Cómo hacer para rectificarlos?

Entre los tantos lugares comunes que se han popularizado sobre la violencia colombiana, los investigadores de los Andes - María Victoria Llorente, Mauricio Rubio, Camilo Echandía y Rodolfo Escobedo -, indentifican tres para la discusión: (1) que "el mayor número de homicidios los produce una violencia cotidiana, derivada de un fenómeno cultural generalizado marcado por una alta dosis de intolerancia de los ciudadanos"; (2) que "las agresiones cotidianas se escalan hacia expresiones más graves propias de la violencia de tipo instrumental"; y (3) que "existen unas causas objetivas que explican la violencia en el país".

Gracias al primer mito que destacan los citados investigadores, se ha proyectado sobre la nación un sentimiento de culpa colectiva que, a los ojos de los extranjeros, nos convierte además en una nación de criminales. Se trata, sin dudas, de un mito perverso que sirve en últimas a las organizaciones de delincuentes, cuya responsabilidad por sus actos criminales se ve así disminuida. El segundo mito está muy ligado al primero, como el siguiente

paso en una secuencia: de la violencia cotidiana e impulsiva se pasaría al delito organizado e instrumental. El último mito también minimiza la responsabilidad de los criminales, pero en vez de atribuir el origen de la violencia a la cultura nacional, encuentra sus razones en las estructuras de la sociedad y del sistema.

El dominio de éstos y otros mitos ha sido desastroso para el país. Ante todo, tales mitos distorsionan el diagnóstico del problema de la violencia y afectan, en consecuencia, las políticas que se adoptan para combatirla. Bajo el clima de opinión que sigue aceptando dichos mitos, la delincuencia se percibe apenas como un producto de la sociedad, ajena a la voluntad del sujeto criminal. Poco parece importar aquí el resultado de sus horribles acciones, el daño social de sus conductas. Y es que, en esta extraña lógica, los delincuentes se convierten en víctimas, mientras sus acciones se vuelven justificables. Frente a este diagnóstico, una política penal represiva no parece tener mérito ni sentido alguno. Por eso la retórica dominante gira alrededor de las propuestas de reformas estructurales, y en vanos llamados a la prevención, en discursos que con frecuencia se confunden con la demagogia. Todos estos mitos, además, pesan en el curso del actual proceso de paz, en dimensiones tal vez insospechadas.

Habría que advertir que el informe de *Cambio* sobre "los mitos de la violencia" no hace sino recoger algunos de los resultados que, una y otra vez, han arrojado distintas investigaciones sobre el tema, desde mediados de la década de 1990. Los trabajos de Fernando Gaitán Daza, Malcolm Deas, Mauricio Rubio, Myriam Jimeno, Fabio Sánchez Torres, Jaime Núñez Méndez, Armando Montenegro, Carlos Esteban Posada, y Santiago Montenegro, entre tantos otros, han ofrecido sistemáticamente nuevas perspectivas para abordar el problema de la violencia colombiana. Estos esfuerzos revisionistas han servido además para subrayar la pobreza empírica de las previas explicaciones tradicionales. Pareciera, sin

embargo, que la fuerza de los lugares comunes fuese inexpugnable. Si no, ¿cómo entender que "los mitos de la violencia" sigan dominando entre los intelectuales, los líderes políticos, y los funcionarios del Estado, y sean aún parte integral del discurso oficial?

Un aspecto relativamente novedoso de la literatura revisionista sobre la violencia es la participación de los economistas en el debate. Sin embargo, las sugerencias de reducir sus aportes a un problema de economistas me parecen desafortunadas. (Aunque es cierto que, como en otras áreas del mundo académico, algunos economistas creen que sólo pueden dialogar exclusivamente en su lenguaje con economistas). La "nueva" literatura sobre la violencia es multidisciplinaria: allí, al lado de los economistas, participan antropólogos, historiadores, sociólogos, filósofos o politólogos. Desde distintos ángulos, todos ellos han contribuido a cuestionar los lugares comunes que siguen predominando sobre la violencia colombiana. Hay en esos estudios serios intentos de salir de las explicaciones simples, de comprobar empíricamente los argumentos, y de identificar prioridades en las políticas a seguir ante un problema tan complejo.

No hay otra forma de rectificar estos mitos que insistir, una y otra vez, sobre su existencia, sus equívocos y errores. La tarea es ardua. Tras la lectura del libro de Mauricio Rubio, *Crimen e Impunidad. Precisiones sobre la violencia* (Tercer Mundo, 1999), Eduardo Pizarro Leongómez pensó "cuan increíble era "que las tesis sostenidas por Rubio no hubieran "despertado un agudo debate en el país" (*El Espectador*, 01/04/00). El informe de *Cambio* sobre "los mitos de la violencia" - del cual Rubio es uno de sus autores - vuelve a revisar también muy arraigados estereotipos que deberían entonces someterse a una intensa discusión. La misma revista *Cambio*, en otro documento publicado el año anterior (26/06/00), se había colocado del lado de quienes todavía creen que los

problemas estructurales "son la verdadera causa... de la cultura de la violencia en Colombia". Hay que reconocerle, pues, a *Cambio* su disposición para abrir sus páginas a unas tesis revisionistas que se tropiezan con la resistencia aun de significativos sectores de intelectuales y formadores de opinión, reacios a sostener un debate informado y sistemático sobre el problema.

* Eduardo Posada Carbó es asesor permanente de la Fundación Ideas para la Paz. Sus artículos quincenales son elaborados especialmente para nuestras redes de información. Posada Carbó es abogado con especialización en ciencias socioeconómicas de la Universidad Javeriana, máster en Estudios Latinoamericanos y doctor en Historia Moderna de la Universidad de Oxford. Es autor y editor de varios libros y ensayos y columnista del diario *El Tiempo*.